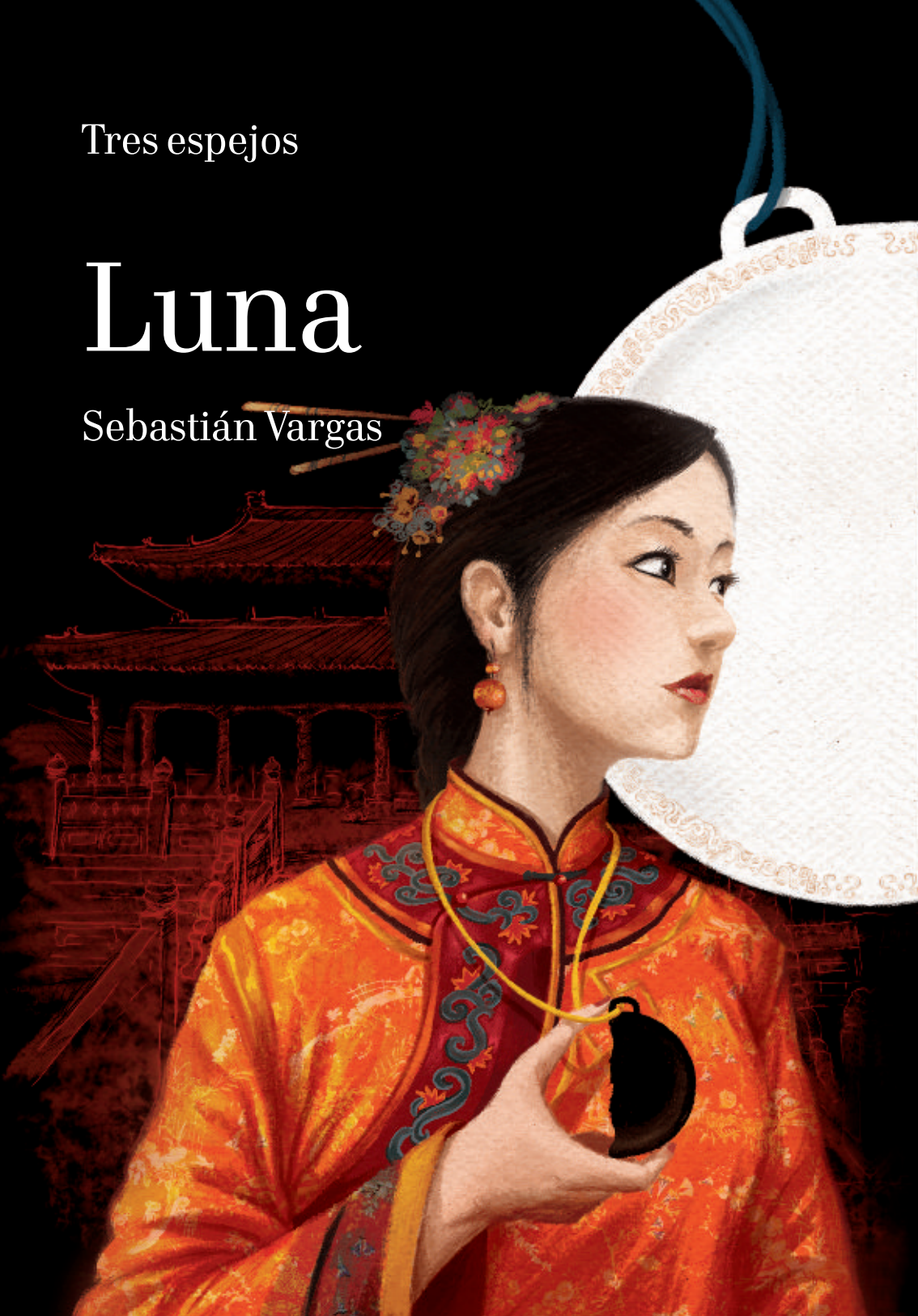


Tres espejos

Luna

Sebastián Vargas





Tres espejos

Luna

Sebastián Vargas

Esta novela obtuvo el premio
El Barco de Vapor Argentina en 2012

Dirección editorial: Lidia Mazzalomo
Dirección literaria: Cecilia Repetti
Ilustración de cubierta: Poly Bernatene
Coordinación de esta edición: Carla Balzaretto
Diseño de esta edición: Marta Mesa

© del texto: Sebastián Vargas, 2013
© Ediciones SM Argentina, 2013
Av. Callao 410, 2.º piso
C1022AAR Ciudad de Buenos Aires
© de esta edición: Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi Luna

Esta obra, que está integrada por dos novelas –*Tres espejos. Luna* y *Tres espejos. Espada*–, puede leerse de diferentes modos: primero una novela y después la otra, o alternando la lectura de una y otra, como refleja la numeración de los capítulos: impares los de *Luna* y pares los de *Espada*.

Prólogo

La historia que os voy a contar transcurrió en un país lejano, hace muchísimos años. Por eso es difícil saber con certeza si es verdadera o tan solo un cuento destinado a entretener a los aburridos. Sin embargo, quien me contó esta historia creía en ella con todo su corazón. Cuando hablaba de los tres espejos, los largos caminos, los barcos piratas y las maravillosas ciudades de la antigua China, los ojos le brillaban y su voz adquiría el mismo tono, emocionado y seguro, que cuando decía cosas extremadamente ciertas, necesarias, indudables: la misma voz serena que cuando me decía «Te quiero». Así que, en honor a esa persona, contaré la leyenda de los tres espejos lo mejor que pueda, como las historias verdaderas se merecen.

Vosotros os habéis mirado muchas veces en un espejo; es probable incluso que haya uno muy cerca del lugar donde estáis leyendo este libro. Pero tal vez no os habéis dado cuenta del importante papel que juegan en nuestra vida. Sin los espejos nunca sabríamos cómo es nuestra cara, cuál es el verdadero color de nuestros ojos, qué ven quienes nos miran. Y por lo tanto, podemos afirmar que sin ellos sería un poquito más difícil conocernos a nosotros mismos. Esto hace del espejo uno de los objetos más importantes para la humanidad, y si se supiera el nombre

de quien inventó tan maravilloso artefacto, este ilustre benefactor tendría un resplandeciente monumento en cada gran ciudad del mundo.

Casi nadie piensa en estas cosas al mirarse hoy en un espejo. Mirarnos nos resulta algo tan natural como observar extensos paisajes dentro de la pantalla de un televisor o escuchar en un teléfono, muy cerca, las voces de personas que respiran más allá de los océanos, en las costas más lejanas de la realidad. Los espejos, tan sencillos en apariencia, son joyas camufladas dedicadas a esconder con humildad silenciosa sus méritos y su importancia.

Hay otro hecho que vosotros difícilmente conozcáis, porque no está escrito en los libros de historia e incluso no muchos historiadores lo saben: los espejos no fueron siempre así como los vemos. Nuestros conocidos espejos, hechos con una fina lámina plateada recubierta de vidrio, son un invento ya antiguo, pero más reciente que las velas, las carretas, las sombrillas o el papel. Y esta historia que cuento, y que ya comenzó, es tan antigua que en ese entonces los espejos de vidrio no existían todavía. Sí había espejos de bronce pulido, pero eran objetos tan costosos que solamente las personas muy adineradas podían darse el lujo de tener.

La gente común, en cambio, utilizaba los más antiguos, los primeros espejos que hubo, los de agua. Quienes tenían la suerte de vivir cerca de un lago o un estanque, se acercaban a la orilla para verse reflejados en la superficie. Pero si no había un lago cerca, o si el fluir de la corriente impedía que se formaran en ella las imágenes, se utilizaba como espejo un tazón, un cuenco hondo de color oscuro que se llenaba con agua. Al asomarse al agua quieta, podía uno verse la cara, ahí abajo, como una imagen frágil y clara.

Y como los protagonistas de esta historia son personas simples del campo, y su tiempo es tan lejano del nuestro, podéis estar seguros de que, si tenían espejo, era un cuenco que debía ser llenado de vida transparente para que funcionara.

1

Luna y Espada

Esa mañana, y al igual que todos los días, Yue Chang fue a buscar agua al arroyo. El agua le serviría para beber, para asearse y también para llenar el espejo que llevaba. El espejo, a su vez, la ayudaría a peinarse con mejores resultados.

Aunque Yue tenía apenas catorce años, para la época era ya una joven mujer. Su figura delgada se movía como si no tuviera peso mientras caminaba a paso rápido, y su largo pelo negro, aunque retenido en parte con una cofia de lino, se escapaba por sus hombros y acariciaba su espalda al caminar cual si fuera un abanico de azabache. Llevaba una camisola ancha de algodón blanco, abotonada hasta el cuello y ajustada a la cintura por una cinta celeste de la misma tela; completaban su atuendo una falda holgada color tierra y un par de sandalias de bambú.

Era la menor de cuatro hermanas, hijas del herrero del pueblo. Sus dos hermanas mayores se habían casado hacía años y habían formado sus familias en otros pueblos, por lo que no se veían muy a menudo. En cambio, Yue era inseparable de Lixi, la tercera hermana, que contaba apenas un par de años más que ella. Jugaban y hacían las tareas de la casa juntas; juntas se reían, se contaban los sueños y las penas y planeaban pequeñas travesuras o viajes futuros. A las dos, que nunca habían salido de su pueblo, les fascinaba la idea de viajar, de conocer cascadas, selvas, desiertos, paisajes helados, cavernas subterráneas, animales impensados, árboles de colores nunca vistos.

Y en sus juegos y sus sueños, todos esos viajes de exploración y descubrimientos los hacían juntas también: Lixi y Yue, Yue y Lixi, las dos hijas del herrero Hou Chang.

En un pueblo pequeño de la antigua China, el cargo de herrero era uno de los más prestigiosos que podía ostentar una persona que no perteneciera a la nobleza. Por eso en casa de Yue no faltaba comida ni abrigo, y todas las hijas tuvieron la posibilidad, nada común en aquella época, de aprender a leer y a escribir. Lixi era la que más estudiaba, pero Yue la que más fácilmente aprendía; de esa forma, las dos hacían rápidos progresos en la interminable tarea de conocer las complicadas letras chinas y dibujarlas pacientemente con tinta y pincel.

Mientras Yue caminaba hacia el arroyo, llevaba colgada de sus hombros, y atravesada de izquierda a derecha, una cuerda fina que sostenía sobre su espalda el pequeño y redondo platito de su espejo. Era un simple cuenco de bronce, grande como un puño, que había recibido como regalo de sus padres. Constituía su única posesión material, la única cosa, además de algunas prendas de ropa y un par de pinceles, que le pertenecía de verdad y no debía compartir con Lixi ni con sus padres.

El espejo era de un color verde tan oscuro que por momentos parecía negro, y estaba decorado en toda su circunferencia con una guarda dorada hecha con líneas finas que parecían dibujar, en su fluir, figuras de dragones y de pájaros, aunque había que tener mucha imaginación para verlos. Yue la tenía, y se había pasado horas mirando esas formas voladoras, imaginando las llamas de esos dragones quietos y los trinos de esos pájaros mudos.

Esa mañana en particular, mientras Yue cantaba despreocupadamente y se disponía a lavarse la cara y llenar su cuenco, el agua del arroyo bajaba un poco turbia. Era la única fuente de agua dulce del pueblo de Pingyang, que estaba situado a orillas del mar y cuya población se componía de muchos pescadores, algunos campesinos y granjeros y un puñado de pequeños comerciantes. Si alguien hubiera preguntado a un habitante de Pingyang por el alcalde del pueblo, se habría reído de la

broma: ese lugar era demasiado pequeño como para tener gobierno. La autoridad principal, que todos reconocían si había que arreglar alguna pelea o tomar alguna decisión, era la vieja partera, que había ayudado a nacer a casi todos los pobladores de la aldea.

Yue miró arroyo arriba y comprobó rápidamente el motivo por el cual la conocida corriente, siempre tan límpida, se presentaba turbia: allí, a unas veinte brazas, un muchachito de aproximadamente su misma edad se refrescaba, mientras permitía que su caballo bebiera. Era alto y delgado, aunque sus brazos parecían fuertes. Su pelo oscuro, bastante largo y cortado con descuido, le caía sobre la frente. Tanto el caballo como el joven estaban llenos de barro, y el lodo, al desprenderse de ellos, iba formando una mancha marrón que se extendía por el lento curso del arroyo.

–Estás ensuciándome el agua –dijo ella, molesta.

Cuando él la vio, le respondió con insolencia:

–No sabía que el arroyo tenía dueño. ¿Eres la emperatriz, acaso?

Ella se sonrojó de furia.

–Siempre vengo al arroyo a esta hora y nunca había visto a ningún mendigo por aquí. ¿Por qué vienes a molestarme?

–No vine a molestarte, sino a limpiar el barro de mi caballo. Y no soy un mendigo, me llamo Jian Deyán –dijo el muchacho, frunciendo el ceño–. ¿Tú tienes nombre, o te llaman simplemente *princesa*?

–Mi nombre es Yue Chang, vivo con mi familia cerca de aquí. Mi padre es el herrero Hou. ¿Piensas que tardarás mucho en irte, para que pueda usar el agua? –respondió ella, cortante.

–No lo sé –contestó él, y comenzó a limpiar el lomo del caballo muy lentamente, demorándose a propósito, sin prestar atención a los resoplidos de impaciencia que lanzaba Yue.

«Qué tonto –pensó ella mientras lo miraba mojar sus manchas de barro, extendiéndolas en lugar de quitarlas–. A este paso, va a caer la noche y va a seguir más sucio que su caballo».

Un tábano se posó entonces en la nariz del jovencito, que lo espantó con un gesto de su mano embarrada; nariz, frente y mejillas quedaron salpicadas de barro. Él no lo advirtió, pero sí Yue, que lanzó una carcajada al ver la sucia cara del muchacho.

Jian se pasó la mano por la frente para enjugarse el sudor, lo que terminó de desparramar el barro por su cara. Yue ahora se desternillaba de risa.

Él se dio cuenta de que era la causa de las risas y, en venganza, tomó un puñado de lodo y lo lanzó hacia ella. El lodo cayó en el agua delante de Yue y unas gotas oscuras llegaron a mancharle la pollera.

—¿Qué haces? ¡Bruto! —gritó Yue, amenazándolo con el puño.

—Tú te lo buscaste —replicó él, riéndose.

Entretanto, el caballo, entre aburrido y desilusionado por la simpleza humana, terminó de calmar su sed en el agua del arroyo y, con la tranquilidad de un monje, dio media vuelta y se retiró hacia la orilla en busca de un buen bocado de pasto tierno.

Refunfuñando, Yue volvió a su casa a contarle a su hermana Lixi lo que le había sucedido, y solo regresó al arroyo un buen rato después, para que nadie la molestara.

Al otro día, por la mañana, Yue esperó escondida tras unos arbustos, hasta que vio llegar a su vecino, otra vez con su caballo. Él silbaba despreocupadamente. Esta vez, los dos estaban menos embarrados. Ella entonces salió de su escondite, preparada para sorprenderle.

—¡Hola! Qué coincidencia —dijo él.

—Qué *desagradable* coincidencia, querrás decir —respondió Yue, haciendo un gesto de molesto asombro.

Ella había querido verlo de nuevo para continuar con la discusión, pero él, muy sonriente, la sorprendió:

—Perdóname por haberte ensuciado ayer —le dijo—. Aunque me divirtió ver tu cara de enojo.

Parecía sincero, y Yue tuvo que aceptar sus disculpas a regañadientes.

Él sacó a su caballo de la corriente y se quedó mirándola un rato mientras ella, haciendo como que no lo veía, se disponía a peinarse y llenaba su espejo.

—¿Por qué juntas agua en un platito? Te convendría usar una cubeta.

—No es un plato, bruto —respondió ella—. Es un espejo. ¿Nunca has visto un espejo?

—No me llamo *Bruto*, sino Jian —respondió él—. Y no, nunca vi un espejo. ¿Para qué sirve?

—Para mirarse. Por ejemplo, para saber que estás embarrado hasta las orejas.

—¿Podría usar tu espejo, Yue Chang? —preguntó él, sin hacer caso a la burla.

Ella estuvo a punto de decir que no, pero recordó que él ya le había pedido disculpas, así que asintió con un movimiento de cabeza. Llenó el cuenco con el agua ahora limpia del arroyo. Los dos esperaron unos segundos a que se aquietara y se fueran formando las imágenes entre las ondas. Como el espejo era bastante pequeño, debieron acercar sus caras. Allí, a través del agua, se vieron. Yue pudo sentir, durante un momento, la mirada de él sobre ella. Ella observó sus ojos francos y profundos.

Cada mañana volvieron a encontrarse junto al arroyo. Con el paso de los días, ella descubrió que en realidad Jian Deyán no era un bruto insolente, sino un muchacho bueno y tranquilo. Cada tanto, él le traía de regalo frutos de su huerta, y ella le prestaba el espejo para que se mirara tras lavarse la cara.

Mientras Yue se peinaba, los dos, sentados en dos extremos de una de las grandes piedras de la orilla, conversaban y se reían.

Jian significa *Espada*. Ella pensaba que era un nombre extraño para un granjero que jamás en su vida empuñaría un arma y que era incapaz de matar una mosca. Aunque Yue pensó que su propio nombre, *Luna*, tampoco tenía mucho que ver con ella, porque le gustaba la luz del sol y le tenía miedo a la noche. Los nombres son nombres, concluyó, y no tienen por qué reflejar cómo es la persona que los lleva.

Desde aquella primera discusión, Luna y Espada volvieron a encontrarse en el arroyo casi todas las mañanas durante ese año. Él llegaba siempre con su caballo y solía traer de regalo algún fruto de su granja: una manzana, una calabaza, hasta unos huevos de oca o un poco de tocino, en ocasiones. Ella llevaba siempre su espejo y su sonrisa. Él le enseñó a cabalgar y a reconocer la sazón de las frutas y las hortalizas; ella comenzó a enseñarle a leer y escribir. Jian aprendía muy lentamente, mucho más que Lixi o que ella misma, y solía olvidar los trazos y su orden, así que Yue perdía a veces la paciencia y lo regañaba como si fuera un niño pequeño. Entonces se enojaban y discutían y se peleaban, pero solo por unos momentos. Jian no parecía soportar que ella lo mirara con enojo, y ella no quería hacerle sufrir demasiado.

Para Yue, el joven granjero se convirtió poco a poco en un amigo. Tardó mucho en darse cuenta, pero ese encuentro matutino junto al arroyo se había vuelto la mejor parte de su día. Y cuando Jian tuvo que guardar cama debido a las altas fiebres que lo acometieron, Yue se sintió más sola que nunca, en especial al llegar al arroyo. Pensó en ir a visitarlo a su granja, pero no se atrevía a ir sola, y tampoco quería delatar esa amistad ante sus padres. Lixi era la única que sabía de esos encuentros, pero a Yue no le molestaban las bromas de su hermana al respecto.

Dos semanas más tarde, Jian se curó lo suficiente para volver a cabalgar hasta el arroyo. Se reencontraron y se dieron un abrazo fuerte, como si no se hubieran visto en años. Se dieron cuenta de que eran más que amigos, y de que no podían ni querer pasar un día más alejados uno del otro.

Y entonces se besaron por primera vez. Un beso de miel, cálido, interminable.

Empezaron, con el tiempo, a pensar en vivir juntos, en casarse.

Ella conoció al padre de él, el señor Wei Deyán, y le cayó muy bien; era un granjero muy devoto de los dioses que hablaba con voz paciente y serena, aunque también solía reír y bromear si se le presentaba la ocasión. Jian también conoció a la familia

de ella, pero no le cayó nada bien al herrero Hou Chang, quien no quería que su hija menor estuviera de novia con un granjero, y mucho menos que se casaran. Además, la tercera hija, Lixi, no había encontrado marido, y era costumbre en esa época que las hermanas de las buenas familias se fueran casando en orden, a medida que llegaban a la edad de hacerlo. Y si alguna no se casaba en el momento apropiado, corría el riesgo de no hacerlo nunca.

Durante semanas, el tema principal de conversación y de discusiones entre Yue y Jian fue hallar un novio para Lixi, la hermana mayor de Yue. Pero Lixi, tan enamoradiza como bonita, no siempre estaba dispuesta a seguir los planes que Yue urdía para encontrarle pareja. Intentaron primero que entablara amistad con el primo menor de Jian, pero este era aún demasiado joven para Lixi («¡Ni siquiera debe de tener todos sus dientes buenos!»). Quisieron luego convencer al tendero del pueblo, pero él era, según Lixi, un torpe sin esperanza («¡Hay más manchas en su delantal que estrellas en el cielo!»). Yue y Jian hablaron incluso con el hijo de la partera, pero ninguno de los dos candidatos se mostró particularmente interesado en el tema («¿Lang-Lang? ¡No puede dar dos pasos sin consultárselo a su madre!»).

Ya estaban perdiendo la fe, cuando Lixi conoció a un soldado imperial que paraba en el pueblo realizando tareas de mensajería, vigilando esos confines del imperio contra la reciente rebelión del general Luanshé y sus tropas. El joven y apuesto soldado se detuvo un día en el taller de Hou Chang para cambiar una herradura de su caballo, y allí Lixi le sirvió un vaso de agua que refrescó, al mismo tiempo, su garganta y su corazón. En pocas semanas ya eran oficialmente novios, y la buena noticia alegró muchísimo a Yue y a Jian, que ahora sí podían hacer planes para su propio futuro. A pesar de que no habían conseguido aún el permiso del padre de Yue, decidieron comprometerse en secreto, y fijaron la fecha de la boda para la primavera siguiente.

Ambos creían que en esos meses podrían convencer al padre de Yue de que el casamiento era conveniente para la familia

y de que finalmente cediera la mano de su hija al joven Jian, campesino trabajador, hijo único y futuro heredero de una hermosa y próspera granja, un soltero de grandes perspectivas.

Confiaban en que convencerían al padre, confiaban en su amor mutuo y confiaban en un futuro lleno de colores brillantes.

Pero algo terrible sucedió.

El pueblecito en el que los dos vivían, Pingyang, pertenecía a una provincia –Wenchou–, y esa provincia estaba dentro de un reino –Zhejiang–, y ese reino, a su vez, era parte del milenarío imperio de la China. El emperador era un hombre muy poderoso y extremadamente ocupado, y en ese momento de la historia en particular afrontaba un grave peligro: su mejor general, Luanshé, se había rebelado, había sublevado a tropas de diversos lugares y avanzaba desde el extremo sur del imperio hacia el norte, con la intención de conquistar la capital, Beijing, donde el emperador se paseaba por jardines floridos rodeado de barbados consejeros.

Y lo terrible, lo inesperado para los dos jóvenes enamorados, era que el pueblo de Pingyang estaba justamente en el camino del ejército rebelde. Las fuerzas de Luanshé avanzaban, por tierra y también por mar, quemando todo a su paso, acercándose al pueblecito y sin preocuparse, por cierto, de ningún plan que pudieran tener sus humildes habitantes.

A medida que las tropas rebeldes se acercaban, el pueblo se iba vaciando. Las huidas de los vecinos eran silenciosas pero evidentes; aunque algunos se quedaban, muchos se iban yendo para ganar, con la distancia, seguridad. Eso planearon también Hou y Daling, los padres de Yue, que decidieron dejar el taller abandonado. Las manos del herrero son el principal valor de una herrería, y esas manos fuertes de Hou Chang cargarían todos los bienes transportables que fuera posible y estarían listas para volver a forjar y a martillar en la gran ciudad.

Porque habían decidido dirigirse a la Gran Puerta del Sur, Nanjing. Los rebeldes nunca se atreverían a atacar esa ciudad, sino que pasarían de largo hacia el lejano norte. Y en cuanto Luanshé fuera vencido –nadie dudaba de su fracaso–, los Chang

regresarían al pueblo. Pero si los ejércitos imperiales haraganeaban en llegar y vencer, la familia del herrero Hou no debería tener problemas ni sobresaltos para sobrevivir en la ciudad.

Jian no podía dejar el pueblo, porque debía ayudar a su padre en la granja y no quería dejarlo solo.

Por su parte, Yue, su madre y su hermana Lixi estaban bajo la autoridad del padre, y no podían contradecirlo ni cuestionar sus decisiones.

Él no podía irse, y ella no podía evitarlo. La separación se acercaba, más rápidamente aún que el ejército rebelde. La joven pareja decidió confiar en el futuro: Yue viajaría con sus padres y su hermana; Jian se quedaría en Pingyang y unos meses más tarde, ya cerca del final del invierno, cuando el ejército rebelde fuera solo un recuerdo y una marca más en los victoriosos estandartes imperiales, el día de la Fiesta de los Faroles se encontrarían los dos en la plaza central de Nanjing. Empezarían entonces el regreso al pueblo y finalmente podrían, poco después, casarse.

No por inevitable la separación fue menos dolorosa; aunque tenían esperanzas de que fuera breve, cualquier plazo parecía eterno para ellos.

Llegado el día del adiós, Yue decidió partir su espejo en dos. Cada uno conservaría una de las mitades. Al reencontrarse en Nanjing las reunirían, y ya nunca volverían a separarse.

Con un cincel y mucho cuidado Jian quebró el espejo, de forma que en cada mitad quedara uno de los orificios por los que pasaba la cinta con la que ella transportaba el espejo hasta el arroyo. Yue cortó la fina franja de tela en dos con unas tijeras. Ambos se quedaron con una mitad y con una cinta. Cada uno se ató medio espejo al cuello, como un amuleto.

—Tengo miedo —le dijo Yue—. No sabes pelear, no sabes cómo enfrentarte a un ejército.

—Eso no importa, no voy a pelear con ellos —respondió Jian sonriendo, pero en sus ojos Yue advirtió la sombra del temor—. Te prometo que no descansaré antes de volver a contemplarnos los dos juntos en este mismo espejo.

–Yo también lo prometo –dijo Yue con la voz entrecortada, y se enjugó una lágrima que empezaba a correr por su mejilla–. Solo espero que ese momento no tarde en llegar.

Con esas palabras y un beso, Jian y Yue se despidieron, tristes pero llenos de esperanza en el encuentro próximo.

3

Recibimiento en la gran ciudad

Desde la separación, los días de Yue Chang eran extraños, extranjeros de toda alegría, tan extranjeros como todos los que se habían ido hacia Nanjing en busca del amparo de las murallas y del emperador. Yue se sentía, sin embargo, más desamparada que su hermana y sus padres, porque allá en su pueblo natal había quedado su amado Jian, el medio espejo que le faltaba.

El camino era malo y la carreta donde iba Yue se tambaleaba entre los gritos de su padre mientras azuzaba a los mulos, las suaves quejas de su madre y el chirriar de las grandes ruedas de madera, que parecían quejarse a cada instante por verse obligadas a transitar ese camino infame durante más de 400 *li*.

Daling, la madre de Yue, estaba sentada a la derecha de su esposo en el frente de la carreta y ocasionalmente echaba una mirada al interior para hacer un comentario o, simplemente, para asegurarse de que las hijas estaban bien. Dentro de la carreta, Yue y su hermana estaban rodeadas, como piezas de una extraña armadura, por pinzas, clavos, herraduras, tenazas y yunques, cueros curados, betunes, alforjas, canastos, ropajes y dos gallinas.

Lixi se mantenía bastante callada, pero cuando comenzaba a hablar no se detenía en horas. Su discurso siempre desarrollaba el mismo tema: lo maravilloso que era su novio, cuán valeroso, y cómo la estaba esperando en Nanjing para casarse con todo el lujo y la elegancia que correspondía a un importante

soldado del ejército imperial; cómo sería su vestido, qué colores adornarían el lugar de la ceremonia, qué flores lo perfumarían... Después de unas horas de oír la misma melodía, Yue casi no podía distinguir la voz de su hermana del tintinear metálico de los utensilios o del maderoso traquetear de la carreta. Por suerte, Lixi no esperaba que su hermana le contestara, así que Yue podía hacer como que la escuchaba y abandonarse a sus pensamientos, que no eran alegres, pero al menos eran suyos.

Así pasaron los días uno tras otro, tan lentos como la carreta en que viajaban. Aunque eran jornadas solitarias, cada tanto se cruzaban con otros carros, con jinetes o con vendedores que llevaban sus bártulos en hatillos o que habían armado precarios puestos al costado de la carretera. Si iban en la misma dirección que ellos —era lo más frecuente—, saludaban con amabilidad y ambos grupos se preguntaban su procedencia y ocupación. Si venían en sentido contrario, después del saludo se producían intensos diálogos llenos de preguntas: unos, los que llegaban de la ciudad, querían saber noticias del avance de los rebeldes; los otros, los que buscaban refugio, pedían información sobre cuánto faltaba para Nanjing, acerca de lugares de la ciudad, sobre costumbres que desconocían, dónde conseguir el agua fresca o si debían entrevistarse con el alcalde antes de alquilar una casa.

Dos veces por día se detenían para hacer una fogata al costado del camino y cocinar. Así aligeraron la carreta de parte de su peso, porque además del arroz y la harina, se comieron, una primero y otra después, las dos gallinas que habían llevado para el viaje. A Yue le gustaban esos momentos de quietud junto al fuego, sin traqueteos, sin alejarse de ningún lado. Y aunque no tenía mucho apetito, intentaba comer algo para evitar que la mirada preocupada de su madre le hiciera preguntas que no quería responder. Yue comía en silencio y sonreía ante el torrente de palabras de su hermana Lixi, pero en su interior pensaba solamente en Jian, en dónde estaría, qué estaría haciendo, qué le pasaría cuando las tropas rebeldes llegaran al pueblo. Deseaba estar con él, quería acompañarlo, quería saber. Porque no saber era doloroso, y ese dolor se renovaba

cada vez que acariciaba el áspero borde de su medio espejo, una vez, cien veces cada día, como si tocarlo fuera una función que debía cumplir para seguir viviendo, como los golpecitos de su corazón o el vaivén de sus pulmones.

Cuando el camino mejoró y los encuentros fueron tan frecuentes que solamente quedaba tiempo para el saludo, se hizo evidente que estaban llegando por fin a la gran ciudad del sur, Nanjing, segunda estrella del imperio después de la capital, Beijing. Habían pasado cinco semanas desde el día en que Yue y Jian habían partido uno del otro y repartido su espejo en dos mitades.

La muralla de la ciudad, altísima e imponente, de un color ocre anaranjado, se extendía tanto que no era posible ver sus extremos sin girar la cabeza. Yue y Lixi se asomaban desde el interior de la carreta sobre los hombros de sus padres, de manera que estos desde lejos parecían raros seres de dos cabezas, lo cual seguramente no extrañaría a los habitantes de Nanjing, acostumbrados a la llegada de forasteros de procedencias tan diversas como sus aspectos.

A medida que se acercaban fueron notando detalles en la muralla: los estandartes de variados colores en las almenas, las pequeñas ventanas enrejadas en la base y en las alturas, las irregularidades de los ladrillos que parecían lisos de lejos, pero de cerca se veían apelmazados y desaparejos en algunos puntos, e incluso cada tanto algún arbusto había hallado abrigo suficiente para crecer allí mismo, en las paredes. Y por supuesto, ahora podían observar con atención las puertas de la ciudad: dos hojas enormes y oscuras de madera que se abrían y cerraban mediante un sistema de cadenas y poleas tiradas por dos yuntas de bueyes. Desde lejos, las puertas parecían enormes, pero al llegar a ellas y atravesarlas, Yue reconoció que eran más grandes todavía de lo que había calculado; podrían haber pasado por ellas dos carretas como la suya, una encima de la otra, sin llegar al punto más alto de la arcada que las contenía.

Había soldados imperiales custodiando la entrada, con cascos metálicos y uniformes grises y rojos. Los guardas observaron la carreta y a sus ocupantes atentamente y quizá con descon-

fianza, pero ninguno se acercó a hacer preguntas y ni siquiera respondieron al saludo cuando el herrero alzó una mano, sin dejar de sostener las riendas con la otra. Las hijas y los padres venían comentando todo en voz alta, muy alta a veces, intentando hacerse oír a pesar de los gritos de los vendedores y de los transeúntes que entraban y salían por los portones de la ciudad, abiertos de par en par. Pero en el instante en que cruzaron las puertas, se hizo un silencio súbito. Lo único que oyeron fue el traqueteo de la carreta sobre las piedras del camino, como si no hubiera otra cosa en varios *li* a la redonda que las ruedas, las puertas y las piedras.

Ya estaban dentro de la ciudad.

El curioso silencio duró solo un segundo, quebrado como una copa de cristal por una avalancha de sonidos, voces, músicas, gritos, ruidos, ladridos, zumbidos y susurros.

Yue se maravilló ante la interminable sucesión de tiendas de todo tipo, en las que se ofrecían a gritos objetos y frutos que conocía bien y otros que jamás había visto, y que seguramente vendrían de lugares que jamás vería con sus propios ojos; se sorprendió por la gran cantidad de gente que recorría las calles, de manera que en cualquiera de ellas había casi tanta gente como en su pueblo, y tal vez más. Producían un murmullo incesante que nunca terminaba, compuesto de risas, conversaciones, peleas, propuestas y lamentos. Había campanas y faroles de colores en todos los cruces de calles; cantaban las lavanderas y los tenderos, y los perros callejeros parecían ladrar al compás. Con todo el ruido, ya no oían siquiera el andar de su carreta, y hubieran debido gritarse para mantener una conversación; aunque estaban ocupados en mirar todo, en intentar parecer ciudadanos ya desde esos primeros minutos. Casi no había viento, mientras se internaban en la ciudad.

Hou Chang fue preguntando a varias personas que parecían amables –al menos, que le respondieron el saludo mientras pasaban– señas y ubicaciones: dónde dejar la carreta, dónde solicitar albergue, dónde conseguir buenos alimentos a precio razonable; también preguntó, simulando desinterés, si había muchos herreros en la ciudad y dónde estaban sus talleres.

Dejaron la carreta junto a una pequeña plazoleta, al cuidado de una pareja muy amable que vivía allí mismo y se ocupaba de vigilar caballos y carros que la gente dejaba en la plaza, a cambio de un módico precio; era un oficio extraño, pero como ellos mismos les explicaron, la ciudad era un lugar a menudo peligroso, lleno de ladrones y de malhechores, y había que tener cuidado.

Yue y su familia comenzaron a caminar por las calles atestadas, renovaron las consultas a los flamantes vecinos y consiguieron, tras mucho buscar, albergue en una posada. Allí alquilaron a un precio ridículamente elevado –todo parecía tener un precio alto, en Nanjing– una habitación para los cuatro.

–Solamente estaremos aquí unos días, hasta que consiga instalar la herrería y podamos arrendar una casa decente –explicó el padre a las tres mujeres.

La habitación era pequeña y bastante sucia, y las sábanas de los catres no estaban bien lavadas. Yue siempre había imaginado que la ciudad era un lugar grande y populoso, y ahora lo confirmaba; pero no había pensado que sería tan diferente de su pueblo.

Dejaron en la habitación las pocas cosas que habían llevado consigo y bajaron a la entrada, donde pidieron a la posadera sopa de fideos y pescado: los cuatro tenían el hambre de ocho, pues no habían probado bocado desde la mañana y en todo el viaje habían comido solamente arroz, cebollas, nabos, las dos gallinas, y algunos huevos durante los primeros días, mientras las aves todavía cacareaban en el interior de la carreta.

Comieron con fruición, y ni siquiera el precio de la comida, que resultó más abultado de lo esperado para el herrero, pudo borrar la alegría de una buena cena. Después de comer bien, estar en la gran ciudad ya no les parecía tan extraño ni amenazador, y ya no se sentían tan solos y perdidos.

De repente, todos acusaron el cansancio del viaje sobre sus hombros, como si les hubieran echado un fardo de avena en las espaldas. Decidieron dormir esa noche e ir a buscar la carreta a la mañana siguiente.

Ninguno pudo descansar, a pesar de la fatiga. Había demasiada humedad en esa habitación, demasiados ruidos en la calle, demasiada luz entrando por los intersticios de la persiana de madera. Y no tenían su ropa para cambiarse ni sus objetos cotidianos para sentir al menos un poco de comodidad en ese lugar desconocido.

A la mañana siguiente, la madre y Lixi fueron a comprar comida, y Yue acompañó al padre a buscar la carreta. Luego, él comenzaría a recorrer las calles, visitando las herrerías y buscando de a poco un buen lugar para instalar la propia.

Cuando regresaron a la plaza, fueron al lugar donde habían dejado la carreta, pero no la hallaron. Tampoco vieron a la joven pareja que se había comprometido a vigilarla. Tal vez la habían movido para guardarla mejor durante la noche. El herrero Hou preguntó por el cuidador al primer vendedor ambulante que cruzó la plaza; este, entre apenado y burlón, le dijo que no existía tal oficio de cuidador de carretas: en las ciudades imperiales, cada uno cuida lo suyo. Y aseguró, con impiadosa certeza, que quienes les habían brindado tal servicio eran ladrones. En aquel momento, su carreta y sus mulos estarían seguramente fuera de la ciudad y sus pertenencias habrían sido vendidas o repartidas para ganancia de los delincuentes.

Con la cara roja, los puños cerrados con fuerza y una expresión de furia apenas contenida, el herrero Hou, sin embargo, no habló; y Yue, ciertamente, no iba a ser quien abriera la boca en tal situación. Así que en completo silencio y con pies de plomo caminaron nuevamente, primero rodeando la plaza una, dos, tres veces, y luego las calles vecinas, preguntando por la carreta o por la pareja de «cuidadores», sin recibir ninguna respuesta positiva. Más tarde caminaron de regreso a la posada, ya convencidos de la realidad: habían sido engañados, habían perdido casi todas sus pertenencias y su estancia en Nanjing sería, desde el comienzo, más penosa de lo que esperaban.

La ciudad se les había acercado como un perro tranquilo, con la lengua afuera y moviendo la cola; pero apenas le acariciaron la cabeza, ella les mordió la mano.